ce la vida perdurable; ven conmigo, doncella pensativa, ven conmigo, ámame y serás como diosa.

Los gnomos aplaudieron con entusiasmo.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus.

—Nosotros, los habitantes de las grutas, sublimamos á las mujeres hasta las más imponderables excelsitudes: por ellas envejecemos buscando piedras nuevas; por ellas somos gambusinos; por ellas bajamos á las minas, despreciando los derrumbes y el grisu; por ellas llevamos el mandil suspenso al cinto y la piqueta pronta á romper la nervatura de los filones; por ellas nos hacemos artífices mosaicistas y talladores de diamantes; por ellas padecemos de avaricia y encanecemos prontamente..... por ellas..... por las mujeres....!

Los gnomos aplaudieron.

—Yo te ofrezco mis riquezas, muchacha melancólica; serás mi señora, poseerás mis palacios subterráneos, tendrás vasallos á miles, beberás cerveza negra en el vaso de Federico el Barbarroja, podrás ataviarte con las vestiduras de Grimilda ó Brunequilda.... serás inmortal.... ¿lloras....? ¿pues qué más quieres?

—Amor.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Amor insulso.

A Luis G. Urbina.

Se conocieron siendo todavía muy jóvenes.

Desde el primer instante atrájolos una viva simpatía, pero nunca lograron ver prosperar sus deseos debido á la tenaz policía materna que á ella perseguía, y á la susceptibilidad un tanto quijotesca de él.

La primer floración del amor, que había de consumirles toda una vida, fué desde muy temprano asperjada por las lágrimas.

Su idilio era misterioso y mudo, con el mutismo cobarde y púdico de las afecciones superiores.

Interrumpíanlo á luengos intervalos, viajes veraniegos, ó enojos, originados, ya porque él observó con pecaminosa insistencia á otra mujer, ó ella fué perseguida por cualquier mentecato, ora porque pasó él por los lugares donde acostumbraba encontrarla y nó la vió, ora porque

un día pluvioso se asomó ella á la ventana en un momento triste, y no pasó él por la calle.

Cuando se columbraban en algún lugar, su fugaz vistazo era un simpático saludo.

Ella parecía decir:

—Ha dormido poco ó le aniquila algún pesar interno; sí, debe ser de los que sufren solos: los tristes tienen una fisonomía cuyas contracciones sólo perciben con claridad aquellos que han padecido alguna vez.... esos ojos de mirada altiva, su semblante sañudo, la mueca desdeñosa, me lo dicen claramente.... será pobre....?

Por su parte, divagaba al contemplarla él:

—Yo te quiero mucho, una voz sigilosa dice aquí dentro que me estás predestinada y debes ayuntar tu destino al mío con cadenas inrompibles: junto á tí mi existencia sería paradisíaca: muchas noches, en las horas de insomnio y amarguras, cuando evoco los ideales muertos y me hace temblar el frío de la soledad, reconstruyo poco á poco la quimera: una casita nueva en el campo, arriba mucho azul, abajo perenne primavera: nos besaríamos á la sombra de los árboles, contemplaríamos la fuga del sol en los atardeceres de otoño; al avecindarse la noche, sentiríamos el pavor del Angelus, oyendo tremar broncamente los cobres del campanario; después la cena de enamorados, luego una visita á los desvalidos del bohío, y por último el reposo, soñando en un querubín rubio y blanco como tú.... podríamos tan fácilmente ser dichosos.... si tú quisieras!

Otras veces se veían en el teatro y sus cavilaciones peregrinaban en el Hipogrifo de las conjeturas:

—¿Seré un simple?..... ¿cómo pudieron acobardarme las opulencias de esta niña?..... ese vestidillo no acusa á la heredera orgullosa é inaccesible; la tela es barata, su confección deja mucho que desear, las flores del sombrero se han estropeado y veo en todo su continente no sé qué desgaire de mal tono..... parece distraída..... ¿será estúpida?.... lo supongo.... ¿por qué se ríe de las majaderías de ese comiquillo de la legua?

Ella observaba al mariposear de su abanico:

—No es un hombre vulgar, me enamora su elegancia por lo sobria y atildada, sus modales son impertinentes pero distinguidos, porque nunca llegan á la grosería.... parece un burlón de gran tamaño..... ¿tendrá dinero?.... probablemente.... la miseria y el orgullo no han podido unirse nunca..... ¡me está mirando!..... ¡con qué fijeza!.... quisiera corresponder á su mirada.... manifestarle de algún modo que me simpatiza.... pero no.... es mal visto.... creería que soy coqueta.... procuraré estudiarlo con el rabillo del ojo.... al disimulo.... ¿sería yo ven-

turosa á su lado?.... ¡quien sabe!.... creo que no.... mamá lo dice.

Luego solían encontrarse uno y otro, y la idea que incubaba su pensamiento era idéntica:

—¿Quién será?

—¿Una rica?

—¿Un hortera?

Y ocurría también con frecuencia, que al verse, pasaban de largo como viejos camaradas que por conocerse mucho no tienen ya nada nuevo que decir.

—El....!

—Ella....!

O bien:

—La veo muy pálida.

—¿Por qué irá tan distraído?

Sus existencias por largo período se deslizaron mansamente y sin accidentes, acariciando una esperanza, que acaso porque era muy remota los hacía felices.

Adriana estaba segura de que Bernardo nunca se vería impresionado por los coquetismos de otra mujer que no fuera ella.

El, con candidez impropia de varón, fiaba incondicionalmente en la fidelidad de su desconocida.

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Tornóse Adriana seria y huraña, por parecerle el recato, llevado al puritanismo, la mejor prenda de una mujer discreta; y Bernardo, herido en su amor propio por lo que se le antojaba injusto desdén, fué hosco y brutal con la muchacha.

¡Singular fenómeno! Mientras más empeño ponían los dos en convencerse íntimamente de la antipatía que se revelaban, más omnipotente y grandioso se levantaba en sus corazones el cariño; llegaron á odiarse neciamente, porque los amores, cuanto más grandes, más vecinos del aborrecimiento se hallan: sus miradas, aquellas miradas que se besaban voluptuosas y tiernas en otros días, al cruzarse, chispeaban como puntas de espadas, eran algo semejante al reto provocado por un insulto imperdonable....

Asistieron cierta vez á un baile, en donde la casualidad tuvo á bien ponerlos, sin trabas, en contacto, y él, después de ridículas é infinitas vacilaciones, decidióse á solicitar un vals de la doncella: Adriana atendió á la súplica, sonriente, y por toda respuesta extendió, trémula y avergonzada, la etiqueta: Bernardo apuntó su nombre con letras incomprensibles, y después de muchos rigodones y ceremonias frívolas, viéronse estrechados por furioso abrazo y confundidos en el turbión de los bailantes.

La no prevista emoción de aquel encuentro

33247
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

entorpeció sus sentidos, embotando la sensibilidad de los dos en una atonía sólo equiparable al idiotismo.

El joven, que no era tonto, dijo aquella noche todas las patochadas que decir podría en su caso un cretino de buena cepa, y la enamorada, á su tiempo, incurrió en las torpezas propias de una pazguata.

Bernardo no osó estrechar un poco el talle que se agitaba entre sus brazos, ni á su boca acudieron palabras que pudiesen interpretar las violentas sensaciones que á su espíritu embargaban.

Adriana no supo alentar á su amador á las pláticas y licencias que en el caso especial en que se hallaban hubieran sido buenas y lícitas, aunque á las fronteras dal atrevimiento tocasen.

Al despedirse, sus manos se trituraron en un rudo estrechamiento.

Ella murmuró:

—¡Me desprecia!

El se dijo:

—¡Me aborrece!

Aquella equivocada suposición bifurcó sus destinos bruscamente para no volverlos á juntar jamás.

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Los amantes asistieron, conturbados, al lento é impasible alejamiento de su juvenilia.

En las reflexiones íntimas aparecioseles el cadáver de su afecto, poetizado con todos sus romanticismos, y frente á él sentíanse abrumados por la vergüenza de su simplicidad, al comprender que si no les tocó una parte de dicha en el terreno abrojal, era porque se rezagaron en la carrera, henchiendo pompas de jabón y desperdiciando ocasiones que no con frecuencia se presentan al mortal.

El ímpetu que animara sus primeros entusiasmos estaba ya debilitado por la edad, el fuego sagrado se apagaba lentamente en sus corazones, y el épico ardor de la edad moza habia cedido ya sus trofeos á la torpe displicencia de los años....!

En sus arterias no correría más la sangre enardecida por las fiebres pasionales, porque, amadores líricos, encendieron piras al amor humano y no supieron coronar de pámpanos sus frentes....!

¡Es muy triste presentir la aproximación de la muerte cuando aún no han probado los labios el vino quemante del deleite!

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Los enamorados esquivaban mutuamente su presencia, comprendiendo que sus arruinadas fi-

sonomías eran ya una implacable burla del pasado.

¿Se debe amar cuando la calenda de los deseos no saciados ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los sufrimientos agazapados en lo más impenetrable del espíritu?

¿La atracción psíquica, ó animal de dos seres, prevalece á través de las distancias y las corpóreas metamorfosis cuando la imagen querida se plantificó en las más sensibles placas de la mente?

¿No?

¡Sí!

Se debe amar cuando la calenda de los deseos no saciados ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los sufrimientos agazapados en lo más impenetrable del espíritu.

La atracción psíquica, ó animal de dos seres, prevalece á través de las distancias y las corpóreas metamorfosis cuando la imagen querida se plantificó en las más sensibles placas de la mente.

¿Qué importa que el tiempo, ese viejo alado de la barba florida, haya llovido ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos?

La tragedia de la vida llegó al fin, anunciando la comedia pavorosa de la muerte.

Adriana y Bernardo, viejos ya, mortificados por la consunción y el reuma, agobiados por los

dolores de una vejez solitaria y la necesidad de algún afecto, comprendieron que en el instante trágico de preparar el bagaje del material embeleco para consignarlo á las entrañas de la gran generadora, debían juntarse, santificando en una unión filial el martirologio de sus sueños idos.

Y en ese minuto supremo, un pudor senil, una última timidez, su postrimera cobardía, los separó, hasta que se perdieron claudicantes en la sombra eterna.... fué su suerte!